

Espacio diseño presenta a sus lectores un fragmento de "¿Dónde termina la ciudad? ¿Dónde comienza la casa?" publicado en la revista *Diseño y Sociedad*, Num. 21, con la finalidad de promover los artículos de profesores de la División. La revista se encuentra en la librería de la Unidad.

Alicia Paz González Riquelme
Métodos y Sistemas
Horacio Sánchez Sánchez
Teoría y Análisis

En la vida cotidiana el habitante de una zona urbana tiene como escenario una sucesión de espacios que se despliegan como un laberinto, en el cual existe una cadena de continuidades y discontinuidades necesarias para adaptar el territorio a las acciones que previsiblemente se desarrollarán.

De hecho, cada ser humano se desenvuelve en su propio dédalo de un ir y venir de la casa a la ciudad y de la ciudad a la casa.

En ciudades de pequeña o mediana escala la idea de continuidad (casa, calle, barrio, ciudad) se manifiesta con claridad: la puerta de la calle permanece gran parte del día abierta, fomentando que los niveles de sociabilidad florezcan diariamente. El niño recorre en bicicleta continuamente del jardín posterior a la sala, al patio, a la calle, a la plaza, en un fluir continuo, apropiándose de todos los espacios, sin reconocer en la puerta o en la barda un elemento de corte, de cierre, de impedimento. El mismo fenómeno sucede con los demás componentes de la familia; la relación con la escuela, el lugar de trabajo, el mercado y demás actividades de rutina, se desarrollan en la secuencia espacial descrita, en el que los rasgos cualitativos de los espacios matizan las diferencias entre lo íntimo y lo público, lo abierto y lo cerrado, lo personal y lo colectivo.

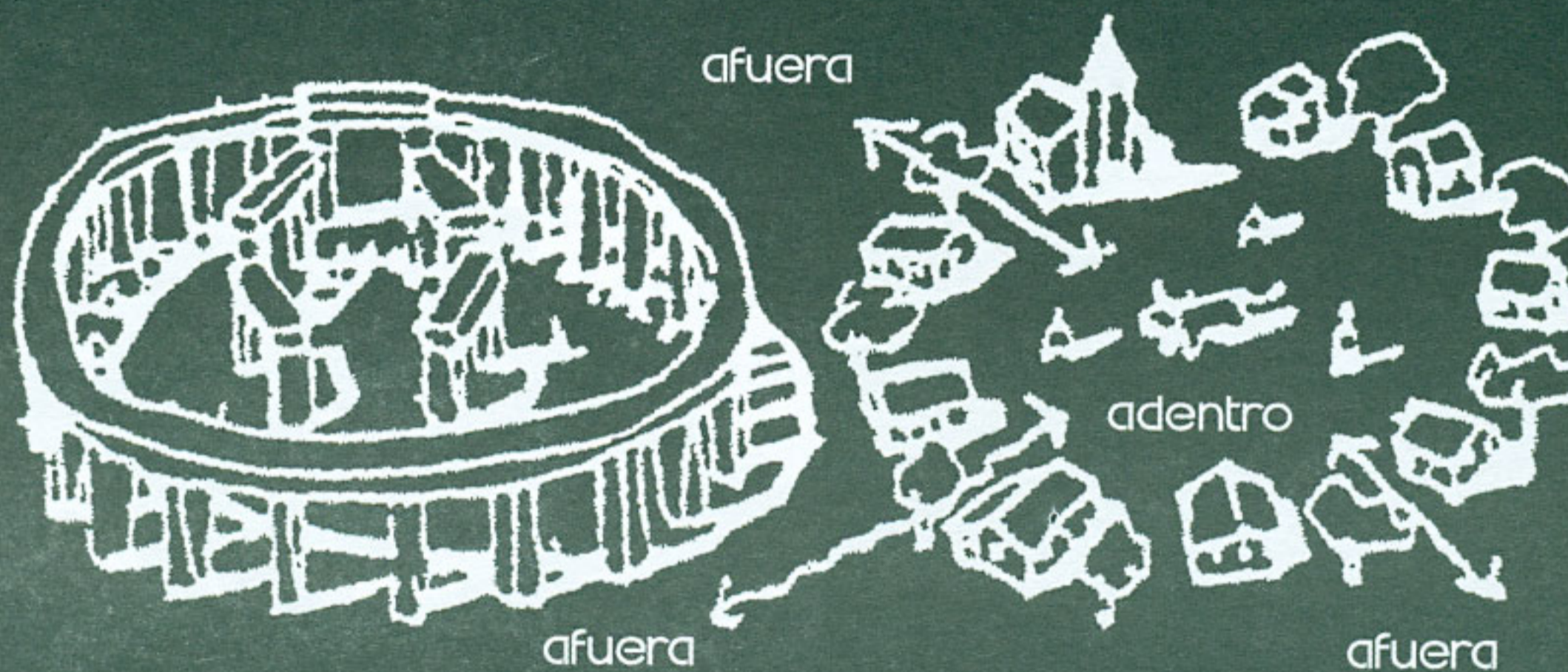
Cuando la ciudad crece sin planeación se hace inhabitable, el refugio que otorga la casa se magnifica, se establece un corte drástico, tajante, entre el espacio de todos y el espacio familiar e individual, el *estress* provocado por la violencia urbana, la inseguridad, el agotamiento, la contaminación, los espacios de nadie, a los que el individuo se enfrenta cada día al cruzar el umbral de su casa, justifica la indeseable escisión —para una fecunda convivencia social— entre casa y calle, entre calle y barrio, entre barrio y ciudad.

Desde el primer tratado moderno de arquitectura Leon Battista Alberti estaba consciente de que la sucesión de las acciones humanas corresponde naturalmente con una continuidad entre la ciudad y la casa; además apunta hacia el orden y cualidades de los espacios como partes de un organismo totalizador e incluyente de las mismas, y necesario para la satisfacción de los fines deseados:

Toda la inteligencia, la experiencia y el conocimiento del oficio de construir se plasman en la distribución. En efecto, dicha repartición confronta a la vez las partes del edificio entero, la conformación completa de cada una de las partes, el acuerdo y la coherencia –por último– de líneas y ángulos en un organismo unitario, teniendo en cuenta la funcionalidad, el decoro y la belleza. Y si, conforme al parecer de los filósofos, la ciudad es como una casa grande y si, por el contrario, la casa es una especie de ciudad en pequeño, ¿por qué no decir que los componentes de las ciudades son como viviendas en pequeño?¹

¹Alberti Leon Battista, *De Re Aedificatoria*, Libro I, Capítulo IX.

El fluir del espacio de la casa a la ciudad lo condicionamos por diferentes medios, dependiendo de las cualidades de la vallas, los muros, las fronteras, los bordes y del cuidado que se aplique al diseño de los elementos que establecen los vínculos con el afuera (las puertas, las ventanas, los quicios y umbrales) que, finalmente, desembocarán en dos de los hechos esenciales de los cuales parte la arquitectura, la constitución de un *adentro* y un *afuera* y de la idea de *recorrido* y *pausa*, así como de sus posibles efectos: la secuencia espacial, el corredor, la senda, el camino, el sendero, la calle. La comprensión rigurosa de la manera de controlar el hecho de separar y unir, de articular, de enlazar y acoplar los espacios constituye “la inteligencia, la experiencia y el conocimiento del oficio de construir (que) se plasman en la distribución”, mencionados por Alberti.



Cuando no es necesaria, la barrera infranqueable, la geometría y el ritmo proporcionan la contundencia necesaria para la definición del recinto. El rigor del orden interno, si es dotado de significados y otros atributos sociales, transforman un “sitio” en *lugar*.

el espacio propio

Nuestro niño de la bicicleta ha desarrollado gradualmente la capacidad de apropiarse del espacio. En un principio era un ente incapaz de discriminar su propio cuerpo del entorno, paulatinamente inicia el dominio de sus músculos. En su crecimiento, la sonaja y otros juguetes le confirmarán que el sonido emitido es producto de sus acciones. Posiblemente una de sus primeras experiencias del espacio consistirá en colocar las palmas de sus manos frente al rostro conformando una barrera entre él y su entorno, y su primer espacio será construido al izar la sábana de la cuna cubriendo su cabeza. El deslizamiento durante el gateo, y después la habilidad de caminar habrá de expandir y potenciar primero la comprensión, y después el dominio sobre el espacio, lo cual conllevará una suerte de liberación en su desplazamiento. Si la sonaja fue su primer instrumento, la bicicleta, como la prolongación de su cuerpo, será la maquinaria que propagará sus facultades de potestad territorial.

Tal dominio será imposible sin la estructuración del espacio, ya que las coordenadas se instaurarán a partir de sí mismo; adelante y atrás, izquierda y derecha, arriba y abajo, serán los "ejes cartesianos" para el trazado de una cartografía mental, su propia *Guía Roji* cognoscitiva, que resultará en el dédalo mencionado. Pero también está en el aquí y en el ahora, el antes y el después y el *adentro* y el *afuera* cualidades de las que parte el espacio desde un punto de vista fenomenológico. Si existe alguna condición que pueda constituirse en un imperativo categórico para el ser humano, ésta es la necesidad del espacio.

El tema del espacio siempre ha estado en la primera fila de las exigencias imprescindibles; el espacio necesario para producir alimentos, para albergarnos y protegernos, tanto a nosotros como a nuestras pertenencias, el espacio que contiene nuestros ceremoniales, nuestros sueños y quimeras, participando como protagonista de nuestros mitos primigenios.

En la leyenda originaria, el hombre expulsado del *paraíso* es condenado a construir su propio espacio, a ganarlo haciendo productiva la tierra, a reconstruir ese paraíso "con el sudor de su frente". Si los Jardines Colgantes eran una de las siete maravillas se debió a que, en el desierto babilónico, ese sudor había hecho posible lo que parecía imposible. La Tierra Prometida y el Anáhuac sólo son alcanzados después de legendarias peregrinaciones colmadas de penurias. Pero el problema no sólo es alcanzar el sitio, no sólo es transformar su naturaleza, sino defenderlo y preservarlo, y es en su transcurso cuando el territorio adquiere un aura que lo transforma en *lugar*, en un sitio contenedor de significados.

